

ALEJANDRA SORIA

RESISTENCIA

Adel^{Editores}


Colección *La estirpe alada* / 3

*A Mauro, mi marido,
por nutrir el espacio para poder ser,
aunque no siempre lo comprenda.
Por contener mis noches de pánicos
con bromas liberadoras.
Por nuestras risas compartidas.*

*A Gabriela y Miguel, quienes me abrazaron
con sus visitas y llamadas durante mi enfermedad,
y las muertes de mi padre.*

*A Coco, mi madre,
que hemos recorrido este camino juntas.
De la mano, a pesar de nosotras mismas,
y con todo el entrañable amor
del que somos capaces.*

A ti, mi compañero del alma.

Mi padre amado.

PRÓLOGO

La cogida y la muerte

Al estar frente a ti se me agolpan en el recuerdo todos nuestros poemas de la infancia. Yaces ante mí, inerte, aunque aún con vida, sobre la camilla de una habitación luminosa y fría. *Un niño trajo la blanca sábana // a las cinco de la tarde.* Tu rostro sereno atravesado por un tubo que desgarró tu boca hasta las entrañas. Pareciera que se sostiene en un grito que no comienza ni acaba nunca. Se te ha apagado la voz. *Una espuerta de cal ya prevenida // a las cinco de la tarde.* Un torrente de sangre inunda tu cerebro. Como una niebla espesa. Te has perdido. *La muerte puso huevos en la herida // a las cinco de la tarde.* No perteneces ya al mundo de los vivos, pero tampoco al de los muertos. *Un ataúd con ruedas es la cama // a las cinco de la tarde.*

Pienso a tu conciencia atrapada en un laberinto. Un paso en falso y el Minotauro te devorará para siempre. *El toro ya mugía por su frente // a las cinco de la tarde.* Quisiera ser tu

hilo de Ariadna, pero ni siquiera me dio tiempo de tenderlo. La muerte arrasa. *Las heridas quemaban como soles // a las cinco de la tarde.* Llegaste a las cinco de la tarde de donde no habías salido nunca, luchando a trompicones con las sombras. *¡Eran las cinco en todos los relojes!* Conquistando puño a puño una liberación tardía. Solo nosotros te esperábamos. Nosotros y la niebla.

Pero tú no estás muerto, aún no. Ni lo estarás en muchos días. ¿O sí? *¡Y el toro solo corazón arriba! // a las cinco de la tarde.* Preparan el quirófano en un intento de contener la sangre. Tu cuerpo tendido, una bata blanca a modo de mortaja. Enfermeros y doctores entran y salen de la habitación como espectros, anunciando el desenlace. *En las esquinas grupos de silencio // a las cinco de la tarde.* A punta de palabras quisiera retener lo que queda de ti. De pie a tu lado, voy deshojando todos los versos con los que iluminaste mi infancia. Los recito uno a uno, sin prisa pero sin detenerme, jugando a las carreras con la muerte. *El cuarto se irisaba de agonía // a las cinco de la tarde.* No quiero que te vayas a la nada sin haberlos oído una última vez. La eternidad es vasta y silenciosa. *¡Eran las cinco en sombra de la tarde!*

*

Abro la puerta te encuentro sentado.

Un
aguacero
de
sol

Un jazz alegre y vivaz.

Me siento a tu lado.

Por primera vez no sé qué decirte.

Todo parece superfluo
ante la desmesura de la vida.

¿De la muerte?

Tomo tu mano y la estrujo,

no vayas a salir volando

y te pierdas en el camino de regreso.

Aún tenemos que *desfacer muchos entuertos*,

compañero

del

alma.

*

Dos pisos. Un elevador. Un pasillo largo y frío. Una ventana enmarca un invierno que se insinúa gris. Abro la puerta y te encuentro sentado en el sillón. Los ojos abiertos. Te doy un beso en la frente, me siento a tu lado y te tomo de la mano. Manos cálidas. ¿Hace cuánto tiempo que nuestras manos no estaban entrelazadas? Demasiado. Nunca te ha gustado el contacto físico, la piel del otro te quema. El tacto te lastima. La proximidad incluso de los cuerpos conocidos te pone en alerta. Recuerdo tus manos el invierno pasado, rojas y agrietadas por el jabón y el agua helada. La piel reventada. Ahora están sanas.

Reposo mi cabeza sobre tu hombro, delicadamente, para no romper el frágil sistema que te mantiene vivo. Un soplo, y te lleva el viento. Sostengo tu mano que aún advierto pesada. Cuando la mía era pequeña, la tuya me guiaba por todos lados. ¿Te acuerdas, papá, cuando me llevabas a la escuela? Te estacionabas varias cuadras atrás y caminábamos de la mano a lo largo de la pared de ladrillo rojo. Un apretón antes de cruzar la calle. No me soltabas ni cuando llegábamos a la puerta enrejada de la entrada. Yo tampoco quería soltarte. Nos despedíamos debajo del único árbol que había. Siempre nos han gustado los árboles, acariciar su piel. No solo a mí, tu única hija, acompañó tu mano, sino que en tu palma llevas el mapa de varias infancias. Antes que yo existiera, tus manos hicieron un cementerio de árboles para dar cobijo a las fantasías de otros niños. ¿Lo recuerdas?

*

Estoy recostada en la cama de mi adolescencia, en la Michilía. Leo o preparo alguna actividad para mi hijo. No veo bien lo que hay en la cama. Levanto la vista y ahí estás tú, recostado a mi lado. Tus manos una encima de la otra, y las dos sobre tu vientre. Me platicas algo rutinario, no recuerdo qué, pero sí el tono de tu voz. Luego callas. Me giro hacia ti y mi voz sacude el silencio; aprovecho para decirte que te extraño mucho. Te incorporas, sin tubos ni sondas que te sostengan a la vida como una marioneta. Siento el peso y calidez de tu abrazo. Hundo mi cara en el huequito entre tu cuello y tu hombro. Yo también te extraño mucho, me respondes. Aún puedo escuchar tu voz despidiéndote, hijita amada.

Llego a mi casa desde el sueño, me recuesto en la cama. A mi lado, sumido en su mundo de caricaturas, se encuentra mi hijo. Le toco el hombro con mi dedo, él me voltea a ver y le digo, te quiero mucho, hijito amado. Me da un beso en la frente y regresa su mirada al televisor. ¿Quieres que te lea un cuento que me leía el abuelo Mundo cuando yo tenía tu edad? Tu nieto me dice que sí con una sonrisa. Apago el televisor y tomo de mi mesa de noche *El niño pintor* de Montes de Oca. Le cuento del niño, de nombre Daniel, al que una bruja castigó y condenó a hablar a gritos. ¿Por qué?, logra balbucear. La historia no nos lo dice aún, corazón. Daniel anda en busca del *espacio vacío entre el hombro y la cabeza*, [que] nadie [...] usa para nada y quiere intercambiarlo por aureolas pintadas por él que tienen el poder de alumbrar las noches.

Sería lindo que el abuelo tuviera una aureola que pudiera llevar a donde vaya. El protagonista juntó muchos espacios que su madre cosió para formar un gran tapete. Una manta inmensa. Daniel cubrió una extensa porción de terreno árido y logró que floreciera un exuberante jardín. Muchos otros

niños hicieron lo mismo y repoblaron de vegetación el mundo entero. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. Le doy un beso de buenas noches y tu nieto me abraza. Pone su cabecita en el hueco que hay entre mi hombro y mi cabeza. Pienso, a diferencia del niño del cuento, que este espacio sí que es importante. Es el reposo, en el cuerpo del otro, a donde uno puede escapar cuando el mundo se siente anegado de tribulaciones, quereres, fantasías. Vacío que contiene. Incluso ahora, y a pesar de tu intermitente ausencia, busco este hueco entre tu hombro y tu cabeza como cuando era niña. Cierro los ojos. Sentir el vaivén de tu respiración me consuela, porque significa que sigues vivo.